

Mona Kasten



EMPEZAR



AGAIN

Él ha fijado las reglas.
Ella las destrozará todas.

1

 Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Playlist

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Amar es volver a empezar. Nuevo nombre, nuevo peinado, nueva ciudad. Allie Harper, de diecinueve años, es nueva en Woodshill. Tras poner muchos kilómetros de distancia con su hogar en Denver, acaba de empezar las clases en la universidad y necesita encontrar piso desesperadamente. Cuando llama a la puerta de su última oportunidad, ahí está Kaden White, con su mirada sexy y sus tatuajes, el chico de cursos superiores por quien suspira media universidad. Kaden no quiere compartir piso con una chica, ya tuvo problemas en el pasado por ello, y Allie no tiene ningún interés en compartir techo con alguien como él, pero la casa es perfecta y no les queda opción. Así, Allie y Kaden se convierten, a pesar de todo, en compañeros de piso. Sólo deberán cumplir tres sencillas reglas: nada de sentimentalismos, nada de meterse en las cosas del otro y, la más importante, nada de acostarse juntos. Pero las reglas están hechas para que las rompamos.

AGAIN. EMPEZAR

Mona Kasten

Traducción de Albert Vitó i Godina



Para Christian, mi mayor apoyo

Playlist

Brain de Banks
Waiting Game de Banks
Feel Real de Deptford Goth
Meet You There de Busted
Can't Break Thru de Busted
Strong de One Direction
Right Now de One Direction
Ocean Avenue de Yellowcard
Breathing de Yellowcard
Irresistible de Fall Out Boy
The Kids Aren't Alright de Fall Out Boy
Fourth Of July de Fall Out Boy
I Wish You Would de Taylor Swift
New Romantics de Taylor Swift
Red de Taylor Swift
Fearless de Taylor Swift
A Beautiful Lie de Thirty Seconds To Mars
Attack de Thirty Seconds To Mars
Jealous de Nick Jonas
Where Are Ü Now de Jack Ü (Skrillex y Diplo), Justin Bieber

1

WHITE.

Me quedé mirando fijamente el rótulo del timbre. Con la cabeza ladeada, levanté un dedo para pulsar el botón pero me detuve en el último segundo y bajé la mano de nuevo. Apreté los labios y los puños mientras repasaba mentalmente todo lo que había ocurrido durante los últimos días.

Las riñas con mis padres habían quedado atrás, a casi dos mil kilómetros de distancia, tras un trayecto en coche de veinte horas. Había pasado las dos noches que habían transcurrido desde que había llegado a Woodshill en un albergue decrepito. Y aunque durante las primeras horas había estado a punto de recoger mis cosas para dejarlo todo y regresar con mis padres, dos días después ya lo veía más claro. Porque al fin y al cabo lo había conseguido. Estaba allí y eso era lo que contaba.

Sin embargo, las cosas habían empezado de un modo muy distinto del que yo había imaginado. Por supuesto, antes de llegar había buscado en internet cómo era el entorno que encontraría, de manera que ya estaba familiarizada con las montañas y los bosques de Oregón y, sobre todo, con el campus universitario. El día anterior había asistido al acto de inauguración del primer semestre, y justo después había empezado con las visitas concertadas para encontrar piso. Sin embargo, las gestiones previas demos-

traron no servir para nada, porque me llevé un chasco tras otro. Eso sí, por fin estaba en Oregón.

Libertad.

Esa idea tan simple había sido el único pensamiento capaz de ayudarme a seguir adelante durante los instantes de duda. Por fin podría empezar a construir mi propia vida, por fin podría hacer lo que quisiera, tomar mis propias decisiones. Mis primeros diecinueve años de vida habían estado plagados de restricciones. En ocasiones me había sentido como un pájaro al que sólo le permiten salir de la jaula un ratito cada día para revolotear un poco. Porque en cierto modo no hacía más que revolotear: siempre preocupada por ofrecer el mejor aspecto durante las fiestas, sonriendo con cordialidad a personas a las que no conocía y manteniendo conversaciones banales con ellas. En ese campo, había demostrado ser una verdadera artista. O un pajarillo bastante dócil.

La apariencia siempre había sido lo más importante para mis padres. Siempre se aseguraban de que llevara el peinado impecable, de que me vistiera con ropa de diseñador y de que exhibiera una sonrisa radiante en cualquier situación, hasta el punto de haber aprendido a activarla como quien pulsa un botón. Siempre había tenido que ser perfecta, al menos por fuera. Por eso la primera medida que había tomado nada más convertirme en universitaria (además de preparar unas cuantas cajas con mis cosas) había sido acercarme a la peluquería más cercana y pedir que me cortaran y tiñeran la melena. Salí de allí con el pelo castaño a la altura de las mejillas. Por primera vez desde hacía muchos años, lucía el ondulado natural de mi pelo, algo que mi madre había despreciado siempre, porque odiaba que hubiera heredado el pelo de mi padre.

Durante años me había llevado cada cuatro semanas a un salón de belleza elitista, de esos en los que te miran de reojo si te desvías siquiera medio centímetro del modelo que ellos consideran adecuado. Insistía en teñirme el pelo de color rubio miel para destacar tanto como fuera posible mi peculiar tonalidad de ojos, una mezcla de gris y verde. Ya desde muy pequeña había aprendido a levantarme muy temprano por la mañana para poder domar mis ondas con la plancha, de manera que en el momento de salir a la calle tuviera el rostro enmarcado por un pelo sedoso que poco tenía que ver con su verdadera naturaleza. Todo eso se había acabado, por fin. Nadie, y mucho menos mi madre, volvería a decidir por mí la forma o el color de mi pelo.

Cada vez que notaba las cosquillas que me hacían las puntas de mis cabellos, recordaba la conquista de aquel pequeño fragmento de libertad. El cambio de peinado había sido un primer paso en esa dirección, y aunque pueda sonar ridículo, la verdad es que gracias a eso me sentía una persona totalmente nueva.

Sea como fuere, lo cierto es que cambiarme el peinado no me había servido para encontrar alojamiento. Ni siquiera había solicitado plaza en la residencia de estudiantes porque no me apetecía despertarme un día en mi cuarto y encontrarme a mi madre examinándolo todo con desprecio. Solamente para evitar esa posibilidad había preferido buscar una habitación en un piso compartido en la zona que rodeaba el campus universitario. Tenía la esperanza de que al menos allí no me encontraría tan fácilmente. Aun así, lo cierto es que eso me complicó también las cosas, como puede comprobar durante el primer día y medio.

Dejando de lado el hecho de que había encontrado pocas habitaciones libres entre las que poder elegir, las que

había podido ver sólo podían definirse como absolutamente desastrosas.

En la primera visita que había concertado, mi potencial compañero de piso se había interesado mucho más por la talla de mi sujetador que por mis malos hábitos. Con sólo volver a pensar en ese pervertido me entran escalofríos. Tampoco había resultado mejor la madre, que, apestando a humo de tabaco, me había demostrado que no sólo buscaba una compañera de piso, sino también una canguro que se ocupara de su hijo. En el sexto piso me recibió una pareja que empezó a montárselo delante de mí durante la visita, hasta el punto de despedirme en ropa interior cuando me largué de allí. Respecto al resto de las visitas, o bien los pisos estaban llenos de trastos y porquería, o bien completamente invadidos por el moho. No sé por qué, pero había imaginado que encontrar alojamiento sería mucho más sencillo.

Tal vez por eso me costaba tanto llamar al timbre de la última dirección en la que había concertado una visita. Entretanto, las letras del rotulito iluminado que había junto al timbre me estaban quemando la retina.

WHITE.

Era mi última oportunidad. No había encontrado más ofertas. Si no podía mudarme a ese piso a principios de la semana siguiente, me vería obligada a dormir en la calle. Ya había empezado el semestre y todo estaba lleno hasta los topes. Además, a partir de ese momento no dejarían de subir los precios. Las siete noches en el albergue me habían costado medio riñón, y aunque en la cuenta corriente tenía una suma de dinero considerable, pensaba destinarla a costear algo más que una cama en una cochambrosa habita-

ción compartida con once personas más y con duchas mixtas y comunitarias en el pasillo.

Debía conseguir aquella habitación como fuera. De lo contrario, tendría que empezar el curso durmiendo en un banco del parque o dentro de mi diminuto coche. Y, aun así, lo que no me planteaba de ningún modo era la posibilidad de regresar a Denver. Abandonar no era una opción para mí. Estaba decidida a encontrar un nuevo hogar allí como fuera, y si tenía que pasar unas cuantas noches durmiendo al raso no me importaba lo más mínimo. Cualquier cosa antes que regresar a Denver.

Respiré hondo y hundí el dedo en el timbre del portero electrónico. Mientras esperaba a que alguien respondiera, dejé que mis pulmones se llenaran del aire fresco del atardecer intentando ignorar la presión que empezaba a sentir en el pecho.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco...»

Cerré los ojos y me puse a contar mentalmente los segundos.

Por fin, se oyó el zumbido que me permitió abrir la puerta del edificio y respiré hondo una vez más antes de cruzar la puerta.

El señor K. White, del que todavía no sabía el nombre de pila, me había dicho por correo electrónico que la vivienda estaba en la segunda planta, puerta izquierda. Antes incluso de pisar el primer escalón, oí cómo se abría una puerta y alguien murmuraba algo que al principio no logré descifrar pero que se volvió cada vez más inteligible a medida que fui subiendo por la escalera.

—Ya tienes mi número —susurró una voz femenina.

Un carraspeo.

—Mira, ya sabes que yo...